

AURORA

Aurora se acercó a la ventana del salón y vio que estaba lloviendo. Durante un instante tuvo la sensación de que unos minutos antes ya había mirado por la ventana y también llovía, fue una especie de *dejabú* que le duró a penas unos segundos. Luego volvió a sentarse en el sofá, ya sin recordar siquiera que se había levantado para ver qué día hacía.

En el espejo que tenía enfrente se reflejaba el rostro de una anciana de ojos tristes, muy delgada y demacrada, y con la piel de la cara de un moreno amarillento. Sus manos, en cambio, tenían un tono más bien pálido, eran delgadas y de apariencia quebradiza, como el resto de su cuerpo. Su apariencia de fragilidad contrastaba con la fuerza irradiada desde sus ojos negros; es como si aquella anciana fuera sólo unos ojos, y el resto de su ser poco a poco estuviera convirtiéndose en niebla. Sintió miedo de repente, como si durante mucho tiempo no hubiese sido consciente de estar envejeciendo. Pensar que estaba en la última fase de su vida le produjo un temor angustiante que no la dejó respirar con facilidad durante unos segundos, pero en breve el miedo dejó de aturdirle, y voló con la misma fugacidad con la que se escapaban a menudo todos sus recuerdos.

Se levantó y se dirigió a su habitación, pero antes de salir de salón tuvo que pensar si ésta se encontraba hacia la derecha o hacia la izquierda del pasillo; a decir verdad, llegó a su cuarto más por intuición personal que por recordar dónde se encontraba. Había poca luz, la persiana estaba medio bajada y el día tan gris no ayudaba a tener más claridad –Vaya... ahora se pone a llover, si hacía buen día...– dijo en voz alta. Encima de la cama, muy antigua y por hacer, había una maleta abierta con varias faldas, camisas, medias finas y un par de toallas. Aurora se acercó a ella extrañada, no sabía para qué tenía aquello allí, creyó que alguien se la había preparado para echarla de la casa, algún sinvergüenza que querría quedarse con sus propiedades. Empezó a revolver la maleta

casi con furia, mirando qué habían metido en ella aquellos que con una impune osadía la habían estado haciendo –Y encima no me han puesto ropa interior o camisones... – pensó. Pero como caído desde cielo a su cabeza, el recuerdo de una cita pendiente con una antigua amiga, vino a su mente de un modo tan brutal que hasta sintió que se mareaba.

–¡Claro! – gritó –...le dije que la estaría esperando para irnos unos días fuera, qué boba soy... Sí, a su casa del pueblo. Salir de aquí me vendrá bien...–.

Se quedó mirando a su alrededor y sintió de repente una necesidad imperiosa de escapar de aquellas paredes mohosas que la estaban ahogando. En el fondo odiaba ese piso, no le aportaba ninguna sensación de bienestar, sino más bien de claustrofobia, y más si en el exterior una cortina de lluvia fina rodeaba la vivienda (aunque ella ya no se acordaba de esto).

Su amiga tenía una casa en el pueblo, no era muy grande ni tampoco especialmente bonita, pero por las mañanas corría una brisa fresca que impregnaba la casa de olor a hierba –Y con su huerto, sus gallinas...– pensó –y con lo sola que se debe sentir allí la pobre... mejor si estoy con ella–. Esto último lo pensó con satisfacción, como si fuese una heroína que va a hacer un bien por alguien que se siente desvalido.

La cerró orgullosa, aunque por un momento dudó sobre el motivo de dicha maleta, vaciló unos segundos y volvió a preguntarse para qué estaba ese trasto abierto con ropa dentro, pero en seguida recuperó la conciencia.

Los minutos pasaban lentos. A veces a Aurora le costaba percibir el tiempo, no era muy consciente de si había pasado mucho o poco rato; miraba el reloj de la salita, pero como a menudo olvidaba la hora, cuando volvía a mirarlo ya no sabía cuánto tiempo transcurría. Comía cuando tenía hambre, y dormía cuando llegaba la noche.

En el salón, junto a ese reloj de pared, grande y de madera envejecida, que tantas veces miraba, había una estantería pequeña con algunas fotos. En el estante central

había un marco plateado de formas curvas; en él había una foto de dos ancianos (quizás no tan ancianos...) sentados en un jardín o patio exterior, en un banco de hierro forjado; él la tenía cogida por el hombro, ella tenía las manos juntas, como una niña tímida muerta de ganas por expresar alguna señal de afecto, aunque incapaz de desatarla. Ambos sonríen. A menudo Aurora observa esa foto, más que las otras de las estantería, no es capaz de recordar quién tomó la fotografía, pero lo peor es que se entristece cuando ni siquiera sabe quién es aquél caballero que hay a su lado, a veces piensa que es su marido, más por lógica que por un recuerdo auténtico; raras veces vuelve el pasado real a su memoria, ese pasado en que sí estuvo casada y en que ese hombre sí fue su marido; pero Aurora se desespera en esos momentos esporádicos –Si es mi marido, ¿dónde está? Quizá venga luego, pero creo que lleva rato fuera de casa... Días... ¿Sebastián?... – y en el silencio se pierde un leve eco de su voz, que muere al final del pasillo.

–No me puedo entretener, mi amiga vendrá y lo tengo todo a medias... ¡La maleta! ¡Madre de Dios! Tengo que hacerla... – La maleta lleva un buen rato encima de la cama y Aurora la ve; ya está anocheciendo. La lluvia cesa y las farolas ya están encendidas desde hace varios minutos. Aurora sale al pequeño balcón de su cuarto, corre un poco de brisa, es suave y cálida. Se encuentra feliz; observa cómo una tórtola se posa en la barandilla de su balcón y en seguida vuela aprovechando un impulso de aire – ...Laura, no molestes a las tórtolas... – dice en voz alta sin querer; luego reacciona, ya no está en el estanque del pueblo con su hermana, ni lleva puesto un vestido de color azul manchado de barro por los bajos, ahora se encuentra allí, en una ciudad sin nombre, en un contexto con muy poco significado para ella, en un no comprender casi nada de lo que le rodea la mayor parte del tiempo; Aurora desea regresar, regresar... ¿a dónde? No le importa, quiere ese mundo anterior, aunque se trate de un pasado del que ya ni siquiera es consciente.

Entra de nuevo en el cuarto y cierra el balcón con cuidado y tratando de no hacer ruido, es casi de noche y no debe hacer mucho ruido, los niños duermen— piensa. Enciende la luz de la mesita y cierra la maleta decidida y valiente, luego la deja justo al lado de la puerta. Se dirige al salón, y decide sentarse en el sofá a esperar a su amiga. Sonríe al volverse a mirar en el espejo, como si ya no le importase verse vieja, y en la profundidad de sus ojos puede leerse una firmeza y seguridad sólo latentes en una joven de veinte años.

A su alrededor, todo vez está cada vez más oscuro. Parece verse un ligero parpadeo de luz que viene de su cuarto, la bombilla de la mesita se está fundiendo, pero a Aurora no le importa. Tampoco le importa que a penas haya luz en el piso, ni se molesta en estar pendiente de a ver cuándo su amiga llama al timbre, entrará sin necesidad de que se le abra la puerta, llegará al salón con calma, sin hacer ruido y la tomará de la mano, en un frío fugaz que durará a penas unos segundos. Aurora se siente mareada, pero siente una calma absoluta. De repente recuerda todo. Recuerda a Sebastián y cómo la dejó hace tres años. Recuerda a su hermana, y a su colección de libélulas de tela y alambre que guardó hasta ya bien adulta, libélulas como las del estanque del pueblo.



La casa se queda en un silencio gris. Fuera es de noche y ya no llueve. Dentro del piso parece que el mundo ha parado todo su ritmo para empezar otro más lento, las fotos han quedado petrificadas, son ruinas aún más estáticas de lo que eran. La bombilla se apaga; mañana amanecerá y habrá una maleta justo al lado de la puerta.

Su hija llega por la mañana y Aurora está despierta, sentada en el sofá, con la mirada ausente, perdida en el vacío. —Buenos días, mamá—. Aurora le sonríe. Su hija también. Y las dos se funden en un abrazo. Aurora cree que, sorprendentemente, ha sido su amiga la que ha venido desde el pueblo a verla. A su hija no le importa que su madre no la reconozca, la mujer que le dio la vida irradia frágiles destellos de una dulce felicidad.